

La Europa de las patrias

Cuando el General De Gaulle esbozó ligeramente la Europa de las patrias, lo entendieron muy pocos. Era antes de erigirse en motor y mentor de la Europa recién nacida.

El cerrar la puerta a Inglaterra pareció una monstruosidad. Inglaterra había estado más o menos en todas las coyunturas importantes de la civilización europea.

En este momento histórico, Inglaterra ventilaba su propio problema, defendía con las uñas el Imperio británico y prescindía en absoluto de las demás patrias europeas.

Quizá el General De Gaulle, pensaba sobre todo en Francia también, pero la suerte de Francia perdido su imperio colonial, era la de Bélgica, la de Italia y la de Alemania también sin colonias con las que resolver sus problemas económicos. Esta caída de los Imperios coloniales ha hecho factible una unidad, que sin ese fenómeno no hubiera sido fácil, ni posible. Nadie se une a nadie, para lo que puede resolver solo.

La unidad de seis naciones europeas no ha hecho si no esbozar lo que puede dar de si unos Estados Unidos Europeos.

La Efta, la Europa del área de la libra esterlina, se desmorona y van llamando uno a uno sus componentes a las puertas del Mercado Común de los Seis.

Francia entrega a Marruecos, Túnez y Argelia su independencia, pero ellos llaman a las puertas de Europa en demanda de ayuda, que no es volver a suplicar a la potencia colonizadora.

Europa, que es Francia, recoge con una mano lo que entrega con la otra.

La interdependencia sobre la independencia, deja en línea antigua, casi inútil, la vieja fórmula inglesa de la Commonwealth. No hay solución para el Imperio británico. A la larga y Inglaterra rompe con su orgullo y llama también a las puertas del Mercado Común.

Pero no hay concepto europeo. La posible unidad es una pura entelequia porque Europa no se hará por conveniencias comerciales solamente.

Es necesario que cada nación europea, cada patria europea, sienta la necesidad y tenga la mentalidad de una Europa unida, pero que lo sienta con mentalidad independiente, como nación independiente.

Las relaciones con los demás continentes podrá ser así o "asao", pero Europa tiene claramente delimitado su perímetro, su geografía, su cultura...

La experiencia de Rusia es clarísima, Rusia potencia directora, ocupa y controla media Europa, lo hace por la fuerza, sin resquicio para la opinión adversa, pero por todo ello logra ese puesto importantísimo sobre el panorama del mundo. Los Estados Unidos (los Estados Unidos de América), y los Estados Unidos de Europa (Europa Oriental) con capitalidad en Washington y Moscú, dirigen el mundo. Eisenhower y Krucheff, Kennedy y Krucheff, Jhonson y Kosiguin hablan, se reúnen y deciden las horas cruciales sobre todos los puntos en fricción.

Lo demás es mera comparsa.

Hasta que surgen los seis países europeos y la capitania de De Gaulle y París empieza a tener otra importancia que la gra-

cia del trazado de sus puentes sobre el Sena, sus Bois de Boulogne, sus Campos Elíseos, sus mujeres, su alegría y su luminosidad, como punto ideal de reunión para hablar de cualquier cosa.

Nosotros los españoles no sentimos aún el concepto de patria europea. Nosotros nos hemos creído en Europa. Nosotros nos hemos dejado influir por el dólar y la Coca-Cola.

Nosotros hemos creído en la influencia del Imperio más breve que conoce la Historia. Nosotros estamos indignados de la lentitud de unas relaciones comerciales a las que vamos sin otro afán, que encontrar una solución a nuestros problemas, porque no nos lo han resuelto en otro lado.

Hemos creído que Alemania caería del lado Norteamericano, que se rompería el pacto germano-francés (la gran obra de De Gaulle y Adenauer).

Nosotros no hemos visto la línea euro-peista de Roma y el Vaticano, y si lo hemos visto, lo hemos visto tarde, y ahora queremos ganar en unos años, la pérdida de diez.

De Gaulle podrá equivocarse, De Gaulle podrá dejar —que no Francia— (creemos nosotros) la batuta directora. Su concepto de la Europa de las patrias, es la única posibilidad de que Europa, sea realmente Europa.

